

Capítulo Primero

Cuando el señor Hiram B. Otis, ministro de los Estados Unidos, compró el castillo de Canterville, todos aseguraron que cometía una estupidez, puesto que aquella finca estaba embrujada. El mismo lord Canterville, que era un caballero escrupuloso y honrado, se creyó obligado a prevenir al señor Otis cuando trataron del precio:

—Incluso nosotros —dijo lord Canterville— nos hemos abstenido de vivir allí desde la época de mi tía abuela, la duquesa viuda de Bolton, que contrajo una dolencia nerviosa causada

por el terror que sintió una noche en el castillo. Dos manos de esqueleto se posaron sobre sus hombros mientras se vestía para la cena. Es mi deber advertirle que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia todavía vivos y por el párroco del pueblo, el padre Augusto Damper, agregado del King's College de Cambridge. Después del lamentable accidente que le ocurrió a la duquesa, ninguno de los criados quiso permanecer en la casa, y lady Canterville comenzó a pasarse las noches en vela, oyendo ruidos misteriosos en la galería y en la biblioteca.

—Compraré la finca y el fantasma por el mismo precio, milord —contestó el ministro—. Venimos de un país en donde podemos tener todo cuanto proporciona el dinero. Como nuestros jóvenes son muy despiertos y recorren el viejo continente quitándoles a los europeos sus mejores actrices y cantantes, creo que si queda un fantasma auténtico en Europa vendrán a buscarlo para

exhibirlo en nuestros museos públicos para mostrarlo como un fenómeno de barraca de feria.

—Mucho me temo que el fantasma exista —dijo lord Canterville sonriendo— , aunque no haya aceptado todavía las ofertas de los empresarios americanos. Hace más de tres siglos que su existencia es conocida; exactamente desde el año 1584; aparece siempre que va a ocurrir una defunción en la familia.

—¡Bah! Igual hacen los médicos de cabeza, lord Canterville. Los fantasmas no existen, amigo mío, y supongo que las leyes de la Naturaleza no hacen una excepción con respecto a la aristocracia inglesa.

—Verdaderamente —dijo lord Canterville sin acabar de comprender la última observación del señor Otis—, ustedes se apasionan por la naturalidad. Ahora bien, si no les importa tener un fantasma en casa, allá ustedes; pero recuerde que yo le he prevenido.

Unas semanas más tarde se cerró el trato, y al terminar la temporada el ministro y su familia se trasladaron al castillo de Canterville. La señora Otis, de soltera señorita Lucrecia R. Tapan (de la calle de West, núm. 53) había sido una belleza en Nueva York y aún era una mujer hermosa, de edad madura, con unos ojos y un perfil soberbio. Muchas americanas, cuando salen de su patria, suelen adoptar aires de persona delicada de salud, imaginándose que es una señal de distinción en Europa; pero la señora Otis no cometió nunca esta equivocación. Poseía una constitución espléndida y una gran vitalidad; en muchos aspectos era completamente inglesa, y se la hubiera podido citar como ejemplo de que Inglaterra y Estados Unidos lo tienen todo en común, menos el idioma, naturalmente.

Su hijo mayor, llamado Washington en un acceso de patriotismo paterno que él lamentaba siempre, era un muchacho de pelo rubio y buena

presencia. Se había constituido en candidato a la diplomacia dirigiendo el cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas consecutivas, y hasta en Londres tenía fama de ser un bailarín extraordinario. Sus únicos caprichos eran las gardenias y la aristocracia; por lo demás, era completamente sensato.

La señorita Virginia E. Otis, su hermana, era una muchacha de quince años, graciosa y ligera como un gamo, con un aire de ingenuidad dulce en sus grandes ojos azules. Cabalgaba maravillosamente y una vez derrotó al viejo lord Bilton por un cuerpo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, depuse de dar dos vueltas al parque con su jaca, lo cual entusiasmó de tal manera al joven duque de Cheshire, que inmediatamente la pidió en matrimonio. Los tutores del joven duque tuvieron que mandarlo a Eton aquella misma noche, bañado en un mar de lágrimas.

Después de Virginia venían dos gemelos,

conocidos en la intimidad con el apodo de «Estrellas y Barras», porque se les veía por todas partes con este emblema. Eran dos chiquillos encantadores, y formaban, con el ministro, el único grupo verdaderamente republicano de la familia.

El castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, la estación más cercana. El señor Otis telegrafió para que salieran a buscarlos en un coche abierto, y emprendieron la marcha con alegría. Era una noche de julio de temperatura deliciosa y el aire estaba saturado del olor de los pinos. De cuando en cuando se oía el arrullo de las palomas con su voz dulce, y las pechugas doradas de los faisanes se divisaban entre la maraña rumorosa de los helechos. Desde las copas de las hayas las ardillas espiaban su paso, y los conejos atravesaban velozmente los matorrales con sus tiosos rabos blancos. De pronto, a penas llegados a la avenida del castillo, el cielo se encapotó y un silencio mis-

terioso pareció invadir el ambiente; una bandada de cornejas revoloteó por encima de sus cabezas, y antes de que llegaran al castillo comenzaron a caer gruesas gotas.

Una mujer de edad vestida pulcramente de seda negra, cofia y delantal, los recibió en la escalinata. Era la señora Umney, el ama de llaves, que seguiría en su puesto porque así lo había pedido vivamente lady Canterville. Se inclinó reverenciosamente ante la familia y dijo con la tradicional cortesía de otros tiempos:

—Sean bienvenidos los señores al castillo de Canterville.

Ellos la siguieron a través de un hermoso vestíbulo de estilo Tudor y llegaron a la biblioteca: un salón espacioso y alargado, con un ventanal con vidriera al fondo. El té estaba preparado, y después de quitarse los abrigos se sentaron todos, dirigiendo miradas de curiosidad mientras el señor Umney les servía.

Súbitamente la señora Otis clavó los ojos en una mancha de color rojo oscuro que había en el suelo, junto a la chimenea; sin fijarse en lo que significaba, dijo al ama de llaves:

—Me parece que se ha derramado algo en el suelo.

—Sí, señora —dijo la señora Umney en voz baja—, se ha derramado sangre...

—¡Pero esto es terrible! —exclamó la señora Otis—. No me gustan las manchas de sangre en los salones. Hay que limpiar eso en seguida.

La anciana sonrió y añadió con la misma voz baja y misteriosa:

—Es sangre de lady Leonor de Canterville, que fue asesinada en este lugar por su propio esposo, sir Simón de Canterville, en el año 1575. Él sobrevivió nueve años a su crimen y desapareció repentinamente en circunstancias muy misteriosas. Su cadáver no llegó a ser encontrado nunca, pero su alma en pena sigue embrujando las paredes de

esta casa. La mancha de sangre ha sido admirada por muchas personas, turistas especialmente, pero no hay manera de hacerla desaparecer.

—¡Tonterías! —pensó Washington Otis—. El quitamanchas «Campeón», fabricado por la casa Pinkerton, es capaz de borrarla en menos que canta un gallo.

Y antes de que la aterrorizada ama de llaves pudiera impedirlo, se arrodilló y frotó vigorosamente el entarimado con una sustancia de color negro parecida a una barra de cosmético. A los pocos segundos, la mancha desapareció sin dejar huellas.

—¡Ya me imaginaba que el producto Pinkerton lo haría! —exclamó triunfalmente, mirando a su asombrada familia. Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, la estancia quedó iluminada por un relámpago terrible, y el fragor de un trueno los levantó en vilo a todos, salvo a la señora Umney, que cayó desmayada.

—¡Qué clima tan desagradable! —exclamó el ministro encendiendo tranquilamente un cigarro—. Supongo que el país de nuestros abuelos está tan superpoblado que no hay bastante cantidad de buen tiempo para todos. Siempre he sido de la opinión que lo mejor que pueden hacer los ingleses es emigrar.

—Querido Hiram —contestó la señora Otis—, ¿qué vamos a hacer con una mujer que tiene la costumbre de desmayarse?

—Le descontaremos parte de su salario —dijo el ministro—. Verás como no volverá a repetirlo.

En efecto, la señora Umney recobró el conocimiento en seguida. Sin embargo, se la veía profundamente afectada, y anunció con voz solemne que sucedería alguna desgracia inmediata en el castillo.

—Señor, he visto con mis propios ojos cosas tales que erizarían los pelos a cualquier cristiano;

durante noches y noches no he podido conciliar el sueño, a causa de los hechos increíbles que suceden aquí.

A pesar de todo, el señor Otis y su esposa aseguraron a la vieja que no temían en absoluto a los fantasmas; y la señora Umney se retiró cojeando a su habitación, después de invocar la protección de la Providencia y de hacer insinuaciones acerca de un posible aumento de salario.

Capítulo II

La tormenta no cedió en toda la noche, pero no sucedió nada extraordinario. A la mañana siguiente, cuando la familia Otis bajó a desayunar encontraron otra vez la terrible mancha en el entarimado.

—No puede ser culpa del «quitamanchas sin rival» —aseguró Washington—, porque lo he probado sobre toda clase de manchas. Quizá sea cosa del fantasma.

Y volvió a borrar la mancha después de frotar un rato. A la mañana siguiente había reaparecido,

pese a que la biblioteca había estado cerrada durante toda la noche y láyale en poder de la señora Otis. A partir de entonces, toda la familia comenzó a sentir interés por aquel fenómeno. El señor Otis estaba a punto de confesar que había sido demasiado dogmático al negar la existencia de los espíritus; su esposa insinuó el proyecto de ingresar en la Sociedad Psíquica y Washington escribió una larga carta a los señores Myers y Podmore, refiriendo la persistencia de ciertas manchas de sangre procedentes de un homicidio. Aquella noche se disiparon todas sus dudas sobre la existencia de los fantasmas.

Había sido un día verdaderamente bochornoso, y la familia aprovechó el frescor de la tarde para dar un paseo en coche. Regresaron a las nueve y comieron una cena ligera. Ni por un instante se habló de fantasmas, así que faltaban las circunstancias de espera y ansiedad que suelen preceder a los fenómenos psíquicos. Los asuntos

que comentaron, según dijo más tarde la señora Otis, fueron los temas corrientes en una conversación de americanos cultos de clase elevada; por ejemplo, la gran superioridad dramática de Janny Davenport sobre Sarah Bernhardt; la dificultad de encontrar maíz verde y galletas de trigo sarraceno incluso en las mansiones inglesas bien abastecidas; la trascendencia de Boston en la evolución espiritual del mundo; las innumerables ventajas que proporciona el sistema americano de facturación de equipajes, y la facilidad de acento neoyorquino, comparado con el desagradable tonillo londinense. No se mencionó lo sobrenatural ni se hicieron alusiones de ninguna clase sobre sir Simón de Canterville. A las once se retiraron todos a sus habitaciones, y a las doce y media estaban todas las luces apagadas. Poco después un ruido extraño procedente del corredor despertó al señor Otis; parecía como si alguien arrastrase hierros mohosos, y el sonido era cada vez más próximo.

Se levantó inmediatamente y encendió la luz para mirar la hora: era la una en punto. El señor Otis no se alteró; se tomó el pulso y comprobó que era normal. El misterioso ruido continuaba sonando, acompañado ahora de unas claras pisadas. Se calzó las zapatillas, cogió un frasco de su tocador y abrió la puerta.

Bajo los pálidos rayos de la luna, vio frente a él a un viejo de aspecto terrorífico. Sus ojos parecían carbones encendidos y su larga cabellera cana caía sobre sus hombros en greñas revueltas; sus ropas, de corte anticuado, estaban sucias y hechas jirones; de sus muñecas y tobillos colgaban unas largas cadenas, sujetas con grilletes oxidados.

—Mi distinguido amigo —dijo el señor Otis— permítame rogarle encarecidamente que engrase estas cadenas. Me he tomado la libertad de traerle un frasco de lubricante marca «Tammany Sol Naciente». Aseguran que basta con utilizarlo una sola vez, y en la etiqueta lo testimonian así

nuestros más ilustres teólogos. Se lo dejaré aquí, junto a esos candelabros, y si necesita más, se lo proporcionaré con sumo placer.

Dicho lo cual, el ministro de los Estados Unidos dejó el frasquito sobre un velador de mármol y se volvió a meter en la cama.

El fantasma de Canterville se quedó unos instantes petrificado de ira; después arrojó al suelo furiosamente el frasco y salió huyendo por el corredor, emitiendo gritos cavernosos y despidiendo una luz tétrica de color verde. Pero al llegar al rellano de la escalera de roble, se abrió de golpe una puerta y aparecieron dos niños vestidos de blanco. Una gruesa almohada salió disparada y pasó rozando la cabeza del fantasma. Evidentemente, no había que perder tiempo; utilizando con rapidez la cuarta dimensión del espacio como medio más inmediato de huída, el fantasma se desvaneció a través de la pared, y el silencio renació en la casa.

Al llegar a un pequeño aposento secreto situado en el ala izquierda del castillo, el fantasma se apoyó en un rayo de luna para tomar aliento y meditó sobre su situación. En toda su larga y brillante carrera no había sido jamás injuriado tan groseramente. Recordó a la duquesa viuda, a quien hizo desmayarse presa de pánico cuando se miraba al espejo de su tocador, entre joyas y encajes; pensó en las cuatro doncellas que habían sufrido ataques de locura con convulsiones histéricas, sólo porque él les había hecho señas a través de las cortinas de uno de los cuartos para invitados; imaginó al párroco del pueblo, cuya vela apagó de un soplo cuando volvía de la biblioteca a altas horas de la noche, y a partir de entonces el buen hombre fue víctima de toda clase de dolencias nerviosas que sir Wiliam Gull tuvo que cuidar; y a la vieja madame de Tremouillac, quien, al despertarse un amanecer, lo vio sentado en un sillón de su alcoba, junto a la chimenea, reducido a un simple esqueleto y re-

pasando el diario que ella llevaba sobre su vida: a consecuencia de aquella impresión tuvo que guardar cama durante seis semanas aquejada de fiebre cerebral y, después de curada, se reconcilió con la Iglesia y rompió sus relaciones con el conocido escéptico monsieur Voltaire. Recordó asimismo la terrible noche en que el bribón de lord Canterville fue hallado en su cuarto medio estrangulado, con un valet de trébol en la garganta, y que se vió obligado a confesar que por medio de aquel naipe había estafado 50 000 libras a Charles James Fox, en la casa de Crookford, jurando que el fantasma le había obligado a tragársela.

Todas sus hazañas portentosas acudían a su memoria. Vió desfilar al mayordomo que se levantó la tapa de los sesos después de ver una mano verde que tamborileaba en los cristales de la ventana; a la hermosa lady Stutfield, que se vió obligada a usar para siempre una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello para ocultar las huellas de cinco

dedos marcados sobre su blanca piel como hierros candentes, y que concluyó por arrojar al vivero de carpas que había al final de la Real Avenida. Y con el entusiasmo vanidoso de un verdadero artista, pasó revista a sus apariciones más famosas; tuvo una amarga sonrisa para sí mismo al recordar su última aparición en el papel de «Rubén el Rojo o el Niño Estrangulado», su debut en el de «Gibeón el flaco o el Vampiro del Desierto de Bexley» y el éxito arrollador que obtuvo una encantadora noche de junio, cuando jugó a bolos con sus propios huesos en un campo de tenis. ¿Y todo para qué? ¡Para que unos americanos estúpidos fueran a ofrecerle lubricante para sus cadenas y le arrojasen almohadas a la cabeza! Era verdaderamente insoportable. Además, la historia enseñaba que ningún fantasma fue nunca tratado con tamaña desconsideración.

De modo que tomó la resolución de vengarse, y estuvo meditando hasta el amanecer.

Capítulo III

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, la familia Otis discutió largamente sobre el fantasma. El ministro se mostraba un poco resentido de que el fantasma no hubiese aprovechado su amable ofrecimiento.

—No quisiera de ningún modo ofender personalmente al fantasma —aseguró—, y, además, reconozco que no fue nada correcto arrojarle almohadas a la cabeza, sobre todo teniendo en cuenta su larga permanencia en esta casa...

Es lamentable tener que decir que una obser-

vacación tan justa fue acogida con una explosión de risa por parte de los gemelos.

—No obstante —siguió diciendo el señor Otis—, si se empeña en no emplear el lubricante «Sol Naciente», será preciso quitarle sus cadenas. Es imposible dormir con semejante ruido.

Aquella semana no fueron molestados. Lo único que les sorprendió fue la continua reaparición de la mancha de sangre en el entarimado de la biblioteca. Era verdaderamente extraño, puesto que la señora Otis cerraba la puerta con llave cada noche y atrancaba los postigos. Los cambios de color que sufría la mancha, comparables a los de un camaleón, fueron objeto de muchos comentarios. Ciertas mañanas aparecía con una tonalidad de rojo oscuro, casi morado; otras, bermellón; otras, de un espléndido púrpura. Un día, cuando bajaron a rezar según los sencillos ritos de la libre Iglesia Episcopal Reformada e Independiente de América, la hallaron de un vivo color esmeralda.

Estas variaciones divertían mucho a la familia, y todas las noches se cruzaban apuestas entre sus miembros. La única que no tomó parte en la broma fue la dulce Virginia, que, por causas ocultas, se entristecía al ver la mancha de sangre, y estuvo a punto de echarse a llorar la mañana que apareció de color verde esmeralda.

El fantasma hizo su segunda presentación personal el domingo por la noche.

Estaban todos acostados desde hacía un rato, cuando les alarmó el tremendo estrépito que se oía en el vestíbulo. Bajaron apresuradamente para encontrarse con que una de las armaduras se había desprendido de su pedestal, cayendo sobre las losas; junto a ella, sentado en un sillón, el fantasma de Canterville se frotaba una rodilla con gesto de dolor agudo. Los gemelos, que habían cogido sus cerbatanas, comenzaron a dispararle huesos con una puntería que sólo se adquiere tras un largo y cuidadoso entrena-

miento sobre los maestros, apuntando desde los pupitres del aula.

Mientras, el ministro tenía al fantasma encañonado con su revólver y, según el método californiano, le ordenaba: «¡Manos arriba!».

El fantasma se levantó airado, lanzando gritos de dolor y se disipó como una niebla, apagando al hacerlo la vela que sostenía Washington Otis, y dejándolos a todos sumidos en la oscuridad.

Cuando llegó al último peldaño de la escalera logró dominarse y lanzó su célebre carcajada diabólica, que tan magníficos resultados daba siempre.

Dice la gente que esta carcajada hizo encanecer en una noche el bisoñé de lord Raker y fue el motivo de que se despidieran tres amas de llave francesas de lady Canterville antes de cumplir un mes en el empleo. Lanzó, pues, su carcajada más horrenda, despertándolos ecos de las viejas bóvedas del castillo; pero en cuanto se apagaron,

apareció la señora Otis en una puerta, envuelta en un batín azul celeste.

—Me temo —dijo la dama— que esté usted indispuerto; de modo que le traigo un frasco de la tintura del doctor Dobell. Si está indigestado le sentará muy bien.

El fantasma la miró con ojos furiosos y creyó llegado el momento de convertirse en un perro negro; era un truco que le había proporcionado una fama mercedísima, y al cual era atribuida por el médico de la familia la idiotez crónica del tío de lord Canterville, el honorable Tomás Horton. Pero el ruido de unos pasos que se aproximaban le hizo dudar de su diabólico propósito y se limitó a convertirse en materia fosforescente, desvaneciéndose sin tardar, pues los gemelos estaban a punto de darle alcance.

Al volver a su cuarto se sintió deprimido y lleno de la más viva agitación. La mala educación de los gemelos y el materialismo burdo del señor Otis

eran verdaderamente insultantes; pero, más que nada, se sentía humillado de que le hubieran fallado las fuerzas para sostener la armadura. Se figuraba causarles una gran impresión, incluso tratándose de unos americanos de ideas modernas; contaba con hacerles temblar ante la visión de un espectro con cota de mallas, al menos por deferencia hacia el poeta nacional americano, Longfellow, cuyos poemas graciosos y amenos le ayudaban a matar el tiempo durante las ausencias de los Canterville. Por otra parte, era su propia armadura. La había llevado gloriosamente en el torneo de Kenilworth, mereciendo la calurosa felicitación de la Reina Virgen en persona. Pero al intentar ponérsela ahora, había quedado materialmente aplastado por el peso de la coraza y el yelmo de acero, y se desplomó pesadamente sobre las losas, despellejándose las rodillas y torciéndose la muñeca derecha.

Durante varios días se encontró muy enfermo, sin poder abandonar su cuarto más que para

mantener en buen estado la mancha de sangre de la biblioteca. A fuerza de cuidados logró restablecerse y resolvió hacer una tercera intentona para aterrorizar a la familia Otis. Para su reaparición eligió la fecha del 17 de agosto, viernes, y pasó gran parte del día pasando revista a su guardarropa. Finalmente eligió un chambergo de ala levantada por un lado, con una pluma roja, un sudario raído de mangas y un puñal oxidado.

Al anochecer se desencadenó una tormenta. El vendaval era tan violento que sacudía y golpeaba las puertas y ventanas del viejo castillo. Verdaderamente, el tiempo le era propicio. Pensaba obrar de la siguiente manera: entraría cuatelosamente en la alcoba de Washington, musitándole palabras incomprensibles desde los pies de la cama y le clavaría tres veces el puñal en la garganta, a los sones de una música tétrica. Odiaba a Washington más que a ningún otro, porque sabía que él era quien quitaba todas las

mañanas la mancha de sangre con el producto sin rival Pinkerton.

Después de terminar con el temerario y estúpido joven, penetraría en la habitación del ministro y su esposa. Colocaría una mano viscosa sobre la frente de la señora, murmurando simultáneamente al oído del ministro los terribles secretos de la fosa. En cuanto a la joven Virginia, no tenía ningún proyecto formado. No le había insultado nunca. Y, además, ¡era tan linda y afable! Unos cuantos gruñidos sordos que salieran del armario ropero le parecían suficientes; si no bastaban para despertarla, llegaría a arañar la colcha de su cama con dedos rígidos por la parálisis. Respecto a los gemelos, estaba firmemente decidido a darles una lección: se sentaría sobre su pecho para provocarle la sensación de una pesadilla angustiada; luego se alzaría entre las dos camas, que estaban muy juntas, bajo el aspecto de un cadáver verde y yerto, hasta que

el terror paralizase a los muchachos; finalmente, daría la vuelta al dormitorio sin sudario, como un esqueleto blanqueado por el paso del tiempo, agitando un solo ojo en su órbita. Era su creación de «Daniel el Mudo o el Esqueleto del Suicida», con la cual había alcanzado espléndidos resultados en muchas ocasiones, casi tan buena como su célebre interpretación de «Martín el Demente o el Misterio Enmascarado».

Al dar las diez y media oyó que la familia subía a acostarse. Por unos instantes le inquietaron las carcajadas de los gemelos, que bromeaban estrepitosamente como colegiales antes de meterse en la cama; pero a las once y cuarto todo quedó silencioso, y al sonar las doce entró en acción. Un búho aleteaba contra los cristales de la ventana y un cuervo graznaba desde un árbol centenario; el viento vagaba gimiendo alrededor del castillo como un alma doliente, pero la familia Otis dormía, ajena a la suerte que le esperaba. Dominan-

do la tempestad y los truenos, se oían los potentes ronquidos del ministro.

El fantasma se deslizó subrepticamente por el zócalo, con una sonrisa perversa en su boca cruel y arrugada. La luna se escondió detrás de una nube cuando cruzó ante la ventana ojival que ostentaba en azul y oro sus propias armas y las de su esposa asesinada. Caminó como una sombra funesta, haciendo retroceder con espanto las tinieblas de su camino tenebroso. Durante un momento le pareció que alguien le llamaba por su nombre, y se detuvo; pero advirtió que era sólo un perro que ladraba en la Granja Roja y prosiguió su camino murmurando las extrañas maldiciones del siglo xvi y blandiendo el puñal enmohecido. Por fin llegó al pasadizo que conducía al cuarto del infortunado Washington. Se detuvo brevemente. Los mechones de su cabellera gris flotaban en el viento, y los pliegues de su fúnebre sudario se ceñían de un modo grotesco

y alucinante a su cuerpo. Sonó el cuarto de hora en el reloj, y comprendió que el momento había llegado. Con una risotada sorda llegó al extremo del tránsito; pero acto seguido retrocedió lanzando un quejido y ocultando el rostro entre sus manos lívidas y rugosas. ¡Frente a él estaba un espectro horrísimo, inmóvil como una estatua y deforme como la pesadilla de un enajenado! Su cabeza pelada relucía y su faz era redonda, mo-fletuda y amarillenta; la risa parecía retorcer sus rasgos con una mueca infinita. De s mirada brotaban oleadas de luz escarlata; su boca semejaba un volcán, y toda su figura titánica quedaba envuelta por una vestidura nívea, como la del propio sir Simón. Sobre su pecho colgaba un cartel con una extraña inscripción en caracteres antiguos; debía de ser un pregón infamante de sus delitos espantosos, una terrible lista de crímenes; una cimarra de acero resplandeciente brillaba en su mano.

Nunca hasta aquel día había visto a un fantasma y, naturalmente, sintió pánico; después de lanzar una segunda mirada a aquel ser espectral, regresó a su cuarto, tropezando con su propio sudario, cruzó corriendo la galería y terminó perdiendo su puñal mohoso, que cayó entre las botas de montar del ministro, y fue hallado a la mañana siguiente por el mayordomo. Una vez en su refugio, se dejó caer en el mísero lecho y ocultó la cabeza entre las sábanas. Pero pronto el valor indomable de los Canterville renació en él y resolvió ponerse en contacto con el nuevo fantasma apenas llegara el alba.

Por lo tanto, no bien la luz del amanecer plateó las cimas de las colinas, regresó al lugar en donde viera al horrible ser, diciéndose que, a fin de cuentas, dos fantasmas pesarían más que uno solo, y, con la colaboración de su nuevo amigo, obtendría la victoria sobre los gemelos. Pero al llegar al lugar conocido se encontró ante un in-

esperado espectáculo. Algo le estaba sucediendo al nuevo espectro pues la cimitarra brillante se había desprendido de su mano y estaba caída a su lado, en posición incómoda contra la pared. Se abalanzó sobre el espectro tomándolo por los brazos, y le dominó el terror cuando vió que la cabeza se le descoyuntaba y caía rodando por el suelo, y el cuerpo se desmoronaba. Entonces se dio cuenta de que estaba abrazando una cortina blanca de dosel y vió a sus pies una escoba, un cuchillo de cocina y una calabaza vacía. Sin explicarse aquella súbita transformación, cogió el cartel y leyó febrilmente las palabras a la claridad tenue del amanecer:

El fantasma Otis
El único espectro auténtico
Y verídico
¡Desconfiad de las imitaciones!
Todos los demás son impostores

La verdad se le apareció por entero. ¡Había sido engañado, chasqueado, ridiculizado! La expresión inconfundible de los Canterville brilló en su mirada; apretó sus mandíbulas desdentadas y levantó las manos sobre la cabeza para jurar según el viejo rito de su antigua escuela, que cuando el gallo cantase alegremente por segunda vez, ocurrirían trágicos acontecimientos, y la muerte aparecería desde el fondo de su retiro con su paso silencioso.

Apenas hubo terminado la fórmula de su atroz juramento, un gallo cantó desde el tejado rojizo de una alquería lejana. El fantasma soltó una carcajada lenta y amarga, y aguardó. Aguardó horas y horas, pero por alguna razón incomprensible el gallo no repitió su canto. Alrededor de las siete y media, la llegada del servicio le obligó a abandonar su escondrijo, y volvió a su alcoba pensando en su proyecto fracasado y en su juramento vano. Luego consultó libros de caballería,

a los que era muy aficionado, y comprobó que, en todas las ocasiones en que fue formulado aquel juramento, el gallo había cantado dos veces.

—¡Que el diablo lleve a esta maldita ave de corral! —exclamó—. ¡En otros tiempos le hubiera obligado a cantar otra vez para mí a punta de lanza, aunque hubiere sido en plena agonía!

Dicho esto se metió en un cómodo féretro de plomo y permaneció dentro hasta la noche.